

## **La Guerra de los ocho mil días.**

Uno no sabe si criticar las controvertidas zonas especiales de orden público por ser antidemocráticas, inconstitucionales, peligrosas o inútiles, dice el encargado de la Oficina del Alto Comisionado de Paz.

En realidad, son bastante más de ocho mil los días que lleva la actual guerra colombiana. Han pasado por lo menos 11.700 desde que el gobierno de Valencia decidió atacar a las repúblicas independientes, reanudando otro ciclo en las luchas fratricidas que, si seguimos haciendo cuentas, suman muchos miles más de días, para no hablar de vidas.

Pero el país parece haber olvidado: llegó el Proceso 8.000, una cortina de humo que durante meses no ha dejado a la nación pensar en otra cosa; ni le ha permitido seguir trabajando sobre las soluciones a los problemas de fondo como la injusticia social, los desequilibrios económicos, la violación de los derechos humanos y las exclusiones políticas, que generan y alimentan el conflicto armado.

La guerra, no los dineros calientes en una campaña electoral, constituye el principal eje de la crisis política nacional.

Sin embargo, la guerrilla también quedó embobada por los titulares de Semana y TV Hoy. Terminó apostándole a la caída de Samper, al lado de Enrique Gómez, la derecha empresarial y los gringos.

De paso, se convirtió en el más notorio ausente del actual debate político nacional, limitándose a hacer esporádicos actos de fuerza o de barbarie. En vez de aprovechar el descontento general y el desprestigio de la clase política para presentarse como alternativa, decidió cruzar los brazos y seguir siendo parte del problema y no de la solución.

Es evidente que hoy le serviría mucho más a Colombia una guerrilla con iniciativa política, que permitiera identificarla con algo diferente a las escenas de muerte que producen sus acciones armadas.

### **Señas positivas**

Por ello es estimulante ver algunas señas de la insurgencia en ese sentido, aunque todavía incipientes y paquidérmicas, tendientes a recuperar capacidad propositiva y proyección política en las actuales circunstancias. La Uc-Eln propone una convención nacional, las Farc Ep hablan de un encuentro entre colombianos y el Epl plantea una agenda para un gran acuerdo nacional.

También es positivo como síntoma de interés por recuperar terreno político volver a oír hablar del Movimiento Bolivariano que propuso Jacobo Arenas hace años. Pero no se

entiende cómo un movimiento que pretende ser amplio y democrático puede ser a la vez clandestino.

La clandestinidad solo invita a más guerra sucia. Es, por su naturaleza, antidemocrática, opuesta a las necesidades actuales de un país que, precisamente, requiere construir una oposición progresista, popular, de izquierda, democrática y abierta.

Por el lado del gobierno, las cosas tampoco han sido alentadoras. Dadas las difíciles condiciones de gobernabilidad, el Presidente se ha dejado presionar por una opinión pública cada vez más a la derecha. Esta circunstancia, sumada a la ausencia de cualquier movimiento visible en el terreno de la paz, ha hecho que primen las palabras y los hechos de guerra sobre la política de paz.

Más preocupantes aún han sido las consecuencias negativas del contenido de las recientes determinaciones oficiales. Aunque por fortuna la propuesta de la pena de muerte no prosperó, ni siquiera al interior del gobierno, sí se envió un mensaje equívoco al país en relación con la reconciliación.

### **Zonas controvertidas**

La falta de claridad del Ejecutivo en temas de derechos humanos tan importantes como el papel de la Procuraduría frente a la Fuerza Pública, la desaparición forzada, el fuero militar y el paramilitarismo, solo ha servido para generar dudas sobre la seriedad de sus compromisos iniciales al respecto.

Uno no sabe si criticar las controvertidas zonas especiales de orden público por ser antidemocráticas, inconstitucionales, peligrosas o inútiles. Pero lo peor no es lo que son sino lo que la gente cree que son: zonas de guerra abierta en las cuales se suspenden los derechos fundamentales y la Fuerza Pública suplanta a las autoridades civiles. Y la triste verdad es que, en medio del conflicto, muchas veces eso pesa más que lo que aparece escrito en los decretos.

A esto se agrega la sensación que existe en muchas regiones del país de que, como se ve tan lejana la paz nacional, se deben buscar las paces locales. De ahí que surjan múltiples llamados como los de la semana pasada en Urabá y Nariño, que si bien pueden servir como procesos locales de aclimatamiento, facilitación y acercamiento enmarcados dentro de una orientación y coordinación del Gobierno Nacional, sueltos y aislados corren el riesgo de degenerarse en una dañina fragmentación. Es obvio que no todo esto se le puede achacar al 8.000, pero no cabe duda que las condiciones políticas en torno al mismo sí le han recortado el grado de maniobra del gobierno, en desmedro de la capacidad de iniciativa en asuntos de paz. Y ello, sumado a lo expresado anteriormente sobre la guerrilla, ha hecho que la paz parezca hoy embolatada.

Lo triste es que la crisis de por sí, ésta o cualquiera que sea, no tiene por qué servir de disculpa para el estancamiento cuando, por el contrario, muchas veces sabiéndolas llevar

*PERIÓDICO: EL TIEMPO*

*FECHA: JUNIO 30 DE 1996*

*TEMA: DERECHOS HUMANOS*

pueden generar nuevas dinámicas y espacios. La crisis es también oportunidad. Viene del griego crecer.

Los guatemaltecos nos están enseñando que, en medio de situaciones de crisis tan impredecibles e irregulares como la nuestra, sí es posible edificar procesos duraderos de reconciliación, que precisamente se han fortalecido en la medida en que se fueron perfilando como el camino hacia la salida de la histórica crisis nacional. Por eso, el reto de Colombia hoy es cómo retomar los hilos de la paz en esta etapa de nuestra histórica crisis nacional.

Muy oportuna, por lo tanto, la cuidadosa consulta de la Comisión de Conciliación Nacional para lograr un acuerdo sobre la formulación de una política de paz permanente para Colombia. La sola intención de darle continuidad a un proceso que todos sabemos que va a ser largo y difícil, para que no dependa de las coyunturas políticas e involucre a muchos sectores para darle solidez, es sana y bienvenida.

La búsqueda de la paz no se puede seguir aplazando hasta que se den las condiciones ideales de actores deseados por las partes; es necesario hacerla en las realidades de la Colombia que hace la guerra.

La crisis de legitimidad es general y afecta a todos por igual: las instituciones, los partidos y el sistema político, las guerrillas, los gremios, los sindicatos; en verdad, es cada vez más difícil que alguien se sienta representado por alguien. La persistencia del conflicto armado y la violencia política hacen que la situación tienda a empeorar. Solo mediante un amplio proceso de reconciliación se pueden reconstruir las hoy fragmentadas y deslegitimadas representatividades.

Por debilitado que haya quedado el gobierno, no se puede olvidar que mantiene vigente una oferta de diálogo con la guerrilla, amplia y generosa, basada en los principios del reconocimiento del carácter político del conflicto armado, de la guerrilla y de la salida negociada; en la aplicación efectiva del derecho internacional humanitario; en la negociación en medio de la guerra y en la participación activa de la sociedad civil en la construcción de la paz.

### **Sí es viable**

No se trata de pretender que se haga la paz en los dos años que restan de este cuatrienio, porque un conflicto tan complejo como el nuestro tomará su tiempo para resolverse. Pero sí es viable pensar en iniciar formalmente una negociación con las garantías y condiciones necesarias para lograr la durabilidad y la estabilidad que requiere un proceso exitoso de paz en Colombia.

Rara vez se encuentra en el Palacio de Nariño un hombre con la sensibilidad frente al tema de la paz como Ernesto Samper.

*PERIÓDICO: EL TIEMPO*

*FECHA: JUNIO 30 DE 1996*

*TEMA: DERECHOS HUMANOS*

Su programa social, aunque no se haya podido llevar a cabo, sigue siendo una notable excepción de las tendencias de los manejos macroeconómicos a nivel continental. El manejo de las relaciones internacionales en momentos de graves tensiones con Estados Unidos requiere consensos nacionales basados en la concordia y no en la discordia.

Desde 1991, no se presentaba una oportunidad para profundizar una reforma constitucional de envergadura.

La guerra le abona trágicamente el terreno a la paz, por el hastío que produce su inutilidad. Hoy, el Ejército tiene más soldados profesionales y brigadas móviles que nunca, y la guerrilla, más frentes y armamento que nunca, pero el uno está cada vez más lejos de poder derrotar al otro.

Las muertes de jóvenes soldados en una emboscada no son triunfos de la guerrilla, ni son los guerrilleros dados de baja en un enfrentamiento un logro de las instituciones. Son jóvenes compatriotas con cuyos sueños, inteligencias, creatividades y fuerzas ya no contamos para construir una patria mejor.

La guerra, inevitablemente, tarde o temprano, tendrá que terminar por la vía negociada. Como también es cada día más evidente que existe un latente y emergente consenso nacional sobre la necesidad de realizar cambios básicos y reformas estructurales necesarias, consenso que podría dar nacimiento a un proyecto nacional compartido e intermedio entre los extremos ideológicos que han alimentado la guerra desde hace décadas.

Para unos, por la evidente inviabilidad de un país con semejantes niveles de desigualdad, pobreza y violencia en el actual contexto de globalización económica. No es necesario ser economista para entender que 17 millones de nuevos consumidores son una mejor opción para el desarrollo del capital nacional que 17 millones de pobres absolutos.

Para otros, por las nuevas realidades de un mundo en el que Pekín y La Habana han dejado de ser mecas del fundamentalismo revolucionario, para convertirse en centros de innovación y desarrollo de la clara superioridad productiva y empresarial del capitalismo hacia los principios humanos y colectivos del socialismo.

¿Por qué Echavarría Olózaga no destina su fortuna a promover sus novedosas propuestas de reforma agraria en vez de despilfarrarla en la inútil tarea de derrocar al Presidente? Si pudiéramos poner nuestros odios y pasiones de lado por un instante, quizá descubriríamos que, bajo el prisma de una visión consensual de un futuro compartido, es más lo que nos une que lo que nos divide.

\*Coordinador de la Oficina del Alto Comisionado de Paz